



Rdo. P.

José González del Pino

El Padre JOSE GONZALEZ DEL PINO falleció en Córdoba durante la madrugada del 2 de febrero, víctima de embolia cerebral.

Habían corrido más de 72 años desde aquel 23 de octubre de 1898 en que había asomado a la vida en un hogar andaluz de Antequera, Málaga.

Sus padres y hermanos —uno de los cuales también fue sacerdote salesiano, don Agustín— se trasladaron a estas playas y más precisamente a Córdoba, por la época del primer centenario patrio.

Allí, en 1910, comenzó a frecuentar primero el colegio escolapio de Santo Tomás y después, el oratorio salesiano de Pío X, y sintió pronto el atractivo del carisma salesiano. Rumbeó hacia Bernal. A los 18 años, en 1915, ingresó al noviciado. Profesó temporalmente en 1916 y 1919; cumplió su trienio práctico en Rosario y finalmente fue enviado al estudiantado teológico central de Foglizzo, Italia.

Ciertamente todos llevamos en la retina la figura imponente de sus mejores años: robusto, algo desgarbado, lucía buena estatura, coronada, desde la juventud, por encrespada cabellera, cada vez más blanca. Ceño adusto y rugoso con rasgos bien marcados, nariz roma y ojos de un claro casi felino..., modelaban una efigie de torrencial fuerza anímica. Memoria increíble, casi espectacular, inteligencia aguda y veloz, palabra clara y elocuente, construcción donosa...; desbordaban por los canales de su enorme capacidad de trabajo, de su pluma galana o de esa oratoria avasallante que rebasaba la imperfección de una voz atenorada.

Esta riqueza y estampa parecían hechas para ser respetadas y admiradas; pero resultaban, a veces, dominantes y hasta agresivas. Por eso, debió sufrir muchas contrariedades en su juventud.

No ofrecía *postura* piadosa, chocaba con la chatura de ambiente que todo joven quiere renovar sin etapas, y para compensar su impotencia, salpicaba el camino de observaciones chispeantes...; todo esto le costó portergación de órdenes sagradas, marginación hacia ciertas actividades aparentemente no muy específicas de la congregación... y hasta cierta resistencia de muchos hermanos. Baste anotar que, en una inspección en donde la mayoría absoluta de los directores contemporáneos, gran parte de ellos con muchas menos cualidades que él, habían accedido al cargo antes de los 30 años, el padre JOSE GONZALEZ DEL PINO recién fue llamado a tal responsabilidad pasados los 47.

Fue ordenado sacerdote en Buenos Aires el 19 de diciembre de 1925, mientras ejercía la docencia en el Colegio Comercial Don Bosco de la calle Solís. Catorce años de trabajo en el establecimiento, cinco de ellos como prefecto y consejero escolar simultáneamente lo consubstanciaron con la casa. Cuando, en circunstancias muy críticas, el benemérito don Carlos Conci fue trasladado a Rosario, confió al padre GONZALEZ DEL PINO la asesoría nacional de los exalumnos de Don Bosco.

Nótese que, en esa época, el trato con la llamada *gente de afuera* requería cierta pericia no común, y si bien era privilegio de pocos, llevaba anexa una aureola poco religiosa.

Seguir las duras y trabajosas huellas de Conci, con el cúmulo de tareas que suponía, y aguantar la atmósfera interna y externa, no resultaba nada fácil. Por seis años se desempeñó exitosamente en el cargo específico, al que luego se añadió la asesoría nacional de la Corporación de Ingenieros Católicos; hasta que fue llamado a la dirección de su viejo conocido, el Colegio Don Bosco. Después de seis años pasó a dirigir el Colegio de San Francisco de Sales y de ahí al de Santa Catalina.

Su gestión se distinguió por la seriedad que imprimió a la labor formativa y escolar.

La madurez no le había cambiado la apariencia. El padre GONZALEZ DEL PINO no era hombre de posturas, sino de posiciones firmes, y la comunidad y el colegio tenían que marchar auténticamente por sus rieles. El trato permanente y de casi toda su vida con elementos externos le había infundido un impronta que se reflejaba en un desusado respeto a las personas, unido a una seriedad de exigencias y procedimientos: ofrecía libertad y medios para ejercerla, pero exigía responsabilidades. Disponía, para ello, generalmente, de un certero discernimiento de las personas.

Así las cosas y mientras se desempeñaba también como consejero inspeccional, fue destinado a regir la Inspección Antillana y debió establecerse en Cuba.

Solía afirmar risueñamente que era portador del germen de la revolución. Apenas superada la crisis persecutoria argentina de 1955, tuvo que enfrentar la de Cuba, refugiarse en la Embajada Argentina y trasladar su sede a Santo Domingo para asistir a la revolución dominicana.

No cabe duda que en este encuadre su labor inspectorial al servicio de la Iglesia y la Congregación en sus hermanos revistió especiales matices.

Los superiores de Turín descansaron en su prudencia, sagacidad y amor a Don Bosco.

Pero tanta tensión resintió su salud. Y el corazón acusó el impacto.

Entonces los superiores pensaron en aliviar su tarea, sin desaprovechar su capacidad y experiencia.

En 1966 retornó definitivamente a la Argentina para hacerse cargo de la Inspectoría norteña de San Francisco Solano. Después de tres años, fatigado y enfermo, solicitó ser exonerado de tal cargo y volvió a Buenos Aires.

No se había repuesto de sus achaques, cuando se vio obligado a acceder al ruego del superior y aceptó, el año pasado, la dirección del Colegio de San Francisco de Sales.

En estos últimos años, además del peso del trabajo, lo atenazaba una angustia indescifrable. El, que siempre había avizorado el cambio, y sufrido por su causa, se sentía descolocado ante una renovación galopante en la que no siempre resulta fácil justipreciar el valor del mensaje, y menos aún, distinguirlo de los naturales defectos de su encarnación, o de los excesos metodológicos de sus promotores. Y esa angustia, ciertamente un modo de amar, lo tenía desconcertado.

En estas vacaciones quiso visitar a sus familiares que residen en Córdoba y se encontró allí con el llamado de Dios.

Pido una oración en sufragio de su alma.

Afmo. en DBS

Jorge Meinvielle, vicario inspectorial.

Datos para el Necrológico:

Sac. JOSE GONZALEZ DEL PINO, nació en Antequera (España) el 23 de octubre de 1898, falleció en Córdoba (Rep. Arg.) el 2 de febrero de 1971, a 72 años de edad, 55 de profesión religiosa y 45 de sacerdocio. Fue director durante 14 años e inspector durante 11 años.

